

SAINETE

TITULADO

LOS PAYOS ASTUTOS.

PERSONAS.

ÁGUEDA, Paya.
LÁZARO, Payo.
D. JORGE, Escribano.

D. JUDAS, Médico.
RUFINA, Novia.
D. MÁRCOS, tuerto.

Salen con un arcon grande. Salen Águeda y Lázaro de Payos recelosos.

Agued. Sígueme muy queítito
á este retirao cuarto,
puesto que están en la sala
las vesitas y los amos;
y aquí, Lázaro quiero,
mientras rien ellos, ambos
hartémoas de llorar
nuestras penas y trabajos.

Afligida.

Láz. Tienes razon, Agueita,
lloremos el triste estao
en que nos vemos; lloremos
nuestro amor desfortunao
por ese doctor Heródes
del ame; y el cielo santo
prémite que en este prusbo
estén todos reventando
de salud, y nunca gane
por tomar el pulso un cuarto.

Agued. Amen. Siempre halle la cama
más dura y tiesa que un canto,
y espinas se le atraviesen
si come peces ó barbos.

Láz. Amen. Y las escaleras
siempre las baja rodando.

Agued. Todos los perros le muerdan.

Láz. Jamás encuentre pan blando.

Agued. Mas que sin uuelas se quee.

Láz. Mas que se ponga muy calvo,
y ni peluca, ni gorro,
encuentre con que taparlo.

Los dos. Lloremos amargamente
nuestro amor desventurao.

Agued. ¡Qué lástima! *Afligidos.*

Láz. ¡Qué dolor!

Los dos. Lloremos, que no me caso;
y mala rábía le dé

al que lo ha desbaratao.

Láz. No llores más, que de verte
á mí se me aumenta el llanto.

Agued. ¿Es el lance para menos,
si no puedo remediarlo?

Pero dime por menor,
¿qué es lo que traicho el amo?

Láz. Razones que para mí
han sido un pistoletazo.
Me ijo... tú entenderás,
y estará tambien pensando
tu compañera Agueita,
el que tengo de casaros,
como lo ofrecí; nó, amigo,
de lo icho me retrato:
los conciertos de mi hija
en esta noche ajustaos
han de quear; mas los vuestros
ni quiero ni es de mi agrao.

Agued. ¿Y tú entouces, qué ijistes?

Láz. Ná; si me queé helao
como estáuta, sin poer
mover ni lengua, ni lábios.

Agued. Bien te lo ecia yo
cuanto nos está pasando.
Si es un méico perverso.
Dempues que hemos concertao
el bodorrio de su hija
los dos, este ha sido el pago.
¡Mal fuego en él!

Láz. Lo camí
me tiene más enrabiao
es que nos alborotó
con cahía de casarnos,
y ahora ha salio el infame
con una pata de gallo.

Agued. Vea usted nuestros corazones
que estaban enquillotras,
¿cómo quearán ahora
con caso tan impensao?

Láz. Yo te aseguro que el mio
creo que sa desmayao,
ó muerto, que no le siento,
por más que pongo la mano,
ni bollir, ni dar brinquitos.

Agued. Ya mí me pasa otro tanto.

Láz. ¿Si se nos habrá morio
de la pesadumbre?

Agued. Macho,
¿si se nos hubiera muerto,
habíamos de estar hablando?

Láz. ¡Qué sé yo! ¿Sabes qué igo?
que es tontuna contristarnos
porque el amo no nos case:
en queriendo los dos, vamos
al señor cura, nos casa,
y está too remediao.

Agued. Calla: pues has icho bien:
no habia yo dao en tanto.
Ya hablaremos del asunto.
Pero diera seis ducacos
por desbaratar la boa
de su hija, ya que casarnos
no quiere.

Láz. ¿Hay más que emprenderlo-
¿qué, nos faltará, aunque payos,
ensufecencia y astucia
para conseguir lograrlo?

Agued. Pues á enredarlos, y chito.

Láz. Verás cuál los embrollamos.
El tío del novio entra.

Oye, y vamos prencipiando.

*Se retiran á un lado, y sale Jorge,
escribano, muy ridículo.*

Jorg. Se me ha vasado la hora,
y ya estarán aguardando.
Esta boda y los negocios
de un escribano afamado
de ciudad, no me permiten
un instante de descanso.
Pero Lázaro, Aguedita,
¿cómo estais tan retirados
de la funcion? ¿Qué teneis,
tan tristes y cabizbajos?

Láz. Cada uno tiene sus penas.

Agued. A naide faltan cuidaos.

Jorg. Vaya, dejad tonterias,
y procurad alegraros,
pues hay boda en casa. ¿Está
don Judillas vuestro amo
allá dentro?

Láz. El y la novia,
dentro están acompañados
de las vesitas.

Jorg. ¿Y hay muchas?

Agued. No caben en el estrao.

Jorg. Supongo que le dariais
el recado que mi criado
trajo endenantes, de que
no estuviesen con cuidada
si tardaba mi sobrino,
el novio, que está evacuando
una diligencia urgente,
y no vendrá hasta acabarlo.

Láz. Es muy cierto que esta y yo
hemos tomao el recao;
mas, ni le dimos entonces,
ni menos queremos darlo.

Jorg. ¡Qué desvergüenza! ¿Y por qué?

Agued. Hablad quedo, no alteraos,
que por quererle á usted bien,
ni le dimos, ni le damos.

Jorg. ¡Qué decís! no os entiendo

Láz. Hay mucho mal.

Agued. Mucho daño.

Láz. Mucha trampa.

Agued. Mucho embrollo.

Láz. Pero yo quiero callarlo;
porque, si acaso se sabe,
ma de despeir el amo.

Agued. Dices bien, Lázaro, chito;
ques negocio delicao
en estas cosas. Vámonos.

Hacen que se van.

Los dos. Adios, señor.

Jorg. Guardaos,
que vuestras preñadas voces
de sospechas me han llenado.
Hablemos aquí en secreto
los tres, y decid si hay
contra mi opinion.

Los dos. Y mucho.

Jorg. ¿Pues qué pasa? Habladme claro.
¿Qué sabeis?

Agued. Que mi señor
solicita á usted engañarlo
en la boa que se trata
de vuestro sobrino Márcos.

Jorg. ¿Pues le parece tan fácil
engañar á un escribano,
siendo capaces nosotros
de engañar al mismo diablo?
Pero yo estoy satisfecho
de que don Júdas, vuestro amo,
no me engañe.

Láz. Como usted
hace poco más de un año
vino á esta zudjá, no sabe
quién es, ni cómo, ni cuándo.

Jorg. Sé que es un médico rico,
de fama, sábio y honrado.

Agued. Que no señor, no es tan rico
como usted se imaginao;
ni puede dar á su hija
de dote catorce ochavos.

Jorg. Muchacha, ¡qué es lo que hablast!
Cuando yo esta boda hugo
por el dote...

Agued. Que no hay naa.

Jorg. Si me han dicho que ha heredado
ahora setenta mil pesos
de un pariente boticario
de Madrid.

Láz. Mentira too:
ese era un primo hermano
ca muerto en el espital,
sin tener para enterrarlo.

Jorg. ¡Qué cosas! Pero decídme:
aunque todo eso sea falso,
de su mujer, que esté en gloria,
¿no le quedó un mayorazgo
á la hija, que se puede
pasear con cocha y caballos?

Agued. Si esa es voz para casar
la hija con un hacendao.
El mayorazgo que yo
tiene su hija.

Jorg. Me pasmo,
me aturdo y estoy confuso
de lo que me vais contando.
Mas, aunque eso verdad sea,
decídme, desatinados,
¿no tiene viñas y olivos?

Láz. Si too se le ha secado:
ni aun raices tiene ya
hace cuatro ó cinco años.

Jorg. ¿No tiene grande vajilla?

Agued. Cáremos, si la ha buscao
emprestaa para hacer
dostentacion y aparato.

Jorg. Ahora cogite. ¿No tiene
la casa como un palacio
de alhajada?

Láz. No hay cogite,
porque la casa y los trastos
no son suyos. Es tutor
de un pobrecillo muchacho
que está á estudio y lo disfruta,
y pasa por que es el amo.

Jorg. ¡Qué embrollos estos! ¿Conque
en consecuencia sacamos
de que el dote de la hija
es apariencia y engaño?

Los dos. Sí señor.

Jorg. Pues si no hay dote,
se llevaron dos mil santos
la boda y la novia: voy
corriendo á desbaratarlo
todo, y á que mi sobrino
jamás vuelva aquí.

Agued. ¿Y el gasto
can hecho para esta noche,
y las gentes convidaas
cay á ver tomar el dicho?

Jorg. Nada de eso es de mi cargo.
¿Dos no existen? Pues no hay boda.
Asumptus est consumatus.
Adios, chicos.

Láz. Oiga usted:
cuenta con no declararnos.

Agued. Cuidao con no decir
que los dos lo hemos contao.

Jorg. Saguros estais. Veneno
de cólera voy echando.
¡Qué! ¿me queria encajar
el doctor por liebre gato?
Si vuelve aquí mi sobrino,
le he de dar un trabucazo.

Láz. ¡Qué risa, Aguedal! ¿Cuál va
el tal don Jorge Canachol?

Agued. Si vias: yo me mordía,
per no reirme. los lábios.

Vase.
Aleg.

da ver cómo el probecico
iba el ambuste tragando.
Láz. Los amos vienen: con ellos
vamos á hacer otro tanto.
*Salen don Jódas, méd. co, y Rufina
su hija.*
Jud. ¡Qué cosas estas! La casa
de visitas reventando,
y ni el novio, ni su tío
parecen; vaya que es chasco;
y por vida de don Jorge,
que me tienen sofocado.
Ruf. Padre, no se altere usted,
y con paciencia llevadlo.
Jud. ¿Sabeis acaso los dos
si es que ha sucedido algo
á don Jorge y su sobrino,
para no venir?
Agued. Hay tanto,
que por no daros pesar,
me reduciré á callarlo.
Jud. ¡Qué hablas, chica! ¿Pues que
Láz. Prevenios á llevarlo (pasa?
por Dios; y despiá usté
á toos los convidados,
porque creo que la boa
sa desecho y sa frustao.
Jud. ¿Por qué?
Agued. Dice el tío del novio
(que ya quiero hablaros claro)
ca sabio que usté tiene
primos ensambenitaos;
y ha enviao un recao ahora
que no teneis caguardarlos.
Jud. ¡Yo primos de sambenito!
¿Yo judíos? Atribulado *Furioso.*
estoy de furor, y tiemblo
lo propio que un azogado.
Ruf. ¡Nos han dejado lucidos!
Como un hielo me he quedado.
Láz. Y ha icho otras mil infamias.
Agued. Y ha icho otros mil escarnios.
Jud. ¡Habrá escribano perverso!
Aunque me pierda, á buscarlo
voy para matarle: dadme
el cepadín, ó en un carro,
para volar á él y al novio,
un cañón de treinta y cuatro.
Láz. Señor...

Agued. Amo mio...
Ruf. Padre,
por la Virgen del Sagrario
no se pierda usted.
Jud. Dejádme.
Ruf. Yo estoy muerta.
Jud. Yo rabiando.
Láz. Yo reventando de risa. *ap.*
Agued. Lindamente nos vengamos.
Jud. ¡Ah escribanillo insolente!
¡Yo linajudo! ¡Ah malvado!
No hay más, adonde lo encuentre
como á una breva le paso.
Ruf. Padre, conténgase usted
porque esas gentes que á honrarnos
han venido, nada entiendan,
que para desagraviarnos
tiempo habrá.
Jud. Bien reflexionas:
disimulemos, y vamos
á que bailen y se alegren;
discurriramos en tanto
el modo de que no sepan
la maldad que está pasando;
mas despues, escribanillo,
te he de abrir de arriba abajo. *Víase.*
Ruf. Solo lo que dirán siento,
que novios á cada paso
se encuentran: voy á bailar,
y vayan penas á un lado. *Víase.*
Agued. Lázaro, ¡qué embrollos! creo
nos han de moler á pulos,
si se descubre.
Láz. Pacencia; *Alegres.*
como dice el adagio,
la sarna con gusto...
Agued. Calla,
que el novio creo va entrando:
lo que le hemos de ecir
discurramos á este lao.
*Se retiran y sale don Marcos, hidalgo
visible, tuerto.*
Mérc. ¿Qué podrá haber sucedido
que mi tío me ha mandado
que si vuelvo á ver la novia
me va á dar un trabueazo?
Pero yo estoy de Rufina
tan aquel y enamorado,
que más que me mate, vuelvo

á vería.

Láz. ¡Señor don Marcos!

Márc. ¿Qué hay, chicos? ¿Sabéis los dos lo que ha habido, ó qué ha pasado, para decirme mi tío que la boda se ha acabado?

Agued. ¡Y como que lo sabemos!

Tiene motivos sobrados vuestro tío para hacerlo.

Márc. ¿Y qué motivos?

Láz. Hay tantos...

Pero más vale callar, que nosotros no gustamos de dar que sentir á naide.

Agued. Lo cierto es, señor hidalgo, que con la novia y su padre está usted muy desairao; y no tiene usted vergüenza, si vuelve á verlos y hablarlos.

Márc. Mirad bien lo que decís. ¿Hay quién se atreva á un hidalgo como yo, que trae su origen del décimo nieto octavo de Adán nuestro padre? Vaya, tomad este par de cuartos, y decid cuanto sepáis contra mi honor puro y claro.

Láz. Yo lo dijera á usted; más, si dempués lo sabe el amo, que me mate...

Agued. Y yo lo propio, porque hay tantísimo, y tanto, que usted sepa en el asunto... Pero más vale callarlo

en caría que poeís cueros muerto de escucharlo.

Márc. ¡Pero qué han hecho, ó qué han de mí, que me vais matando (dicho con cuchillo de madera?

¿Qué han dicho, perversos payos?

Láz. Escuche usted y llévelo con paciencia. Ha icho el amo que usted es un hombre vicioso, hambriento, descamisao, y que no usa á su hija con un tuerto ramellao.

Márc. ¡Habrà infama! Lo primero es todo mentir, es falso; y si tengo ese defecto

en el ojo, esté enterao que vale un hidalgo tuerto más que un millon de hombres bajos, ó plebeyos. ¿Sabéis más?

Agued. De vuestro tío el escribano dice que tiene unas uñas más largas que las de un gato.

Márc. Es precision del empleo; porque harpistas y escribanos, cuanto más uñas, ejercen su habilidad más de pasmo.

¿Hay más?

Láz. Que tiene la novia otro novio, es abogao, y no sale día y noche de junto á ella.

Márc. Es engaño, que me quiere á mí Rufina, más que al mundo.

Agued. Si es engaño, arregare usted allá dentro, le verá con ella hablando á la entrea de la sala: vedle. *Mirando adentro*

Márc. Como soy don Marcos, que me deshago á mirar, y nada veo.

Láz. ¡Qué paso! ahora se alza la golilla y se sacude un zapato. *ap.*

Agued. Ahora se rie, y mi amo hace de verle otro tanto.

Los dos. ¿No le veis allí? *Señalan adent.*

Márc. Me vuelva avestruz, cigüeño ó grajo, si á semejante hombre veo.

Láz. ¿Habrà más tremendo macho? *ap.* ¿Cómo ha de ver, sino hay naal

Agued. Señor, si está usted mirando con el ojo tuerto, ¿cómo es capaz de divisario?

Márc. Qué no señor, que yo miro con el ojo que está claro, y no veo á nada. ¡Cielos, si es caso que habré cagado! Fuerza es decir que le veo, por encubrir mi trabajo. *ap.* Ya le diviso, allí está.

Agued. ¿Ve usted qué brincos y saltos



que da?

Láz. ¿Vé usted como baila
con mi señora el faudando?

Agued. ¡Anda y cómo se respinga!

Láz. ¡Ay! Cayó el ama, y él en brazos
la levantó. ¡Vitor, vitor!

Márc. Callad, callad, que me abrazo
de envidia y celos. ¡Ah, ingrata!
Voy á entrar para matarlo,
más que me pierda.

Agued. Teneos:
lo mejor es aguardarlo
en la calle; buskais gente,
y lo reventais á palos.

Márc. Me aconsejas lo mejor.
Así lo haré: di á ese trasto
que me disputa la novia,
que salga, que yo le aguardo
en la calle, y verá en ella
quién es don Márcos Morgallo.
Echando voy de furor
hidras, culebras y sapos. *Váse.*

Láz. ¿Qué fiesta, Agueita?

Agued. Vaya, *Alegres.*
¡qué rabiosos y embrollaos
los tenemos! Ya anochece:
voy por luz para este cuarto.
ven, iremos iscurriendo
cómo proseguir el chasco.

Láz. Por mí, vamos; y si al fin
tira de la manta el diablo,
y se descubre el pastel,
correr mucho y escaparnos. *Vánse.*
Se toca un poco el fandango piano.
Sal'e don Jorge de capa, embozado.

Jorg. ¡Hola, hola! el fandanguito
parece que están tocando.
No tiene mucho pesar
que se halla desbaratado
ya la boda. Así me vengo,
por ver y observar si acaso
vuelve mi sobrino aquí,
y obedece mi mandato.
Nadie hay que mire. A ocultarme
algo más adentro paso.

Se retira y sale Agueda con luz.

Agued. Ya traigo luz... Pero ¡ay!
¿quién eres, hombre embozado?

Jorg. Calla, chica, que soy yo.

Serafin, ¿te has asustado?

Agued. ¿No me he de asustar de ver
un fantasma tan capao?
¿A qué vuelve usted?

Jorg. A saber
si mi sobrinito Márcos
ha venido aquí.

Agued. No ha vuelto.

Jorg. Le matara á ejecutarlo.

Agued. Me alegro de caigais vuelto.

Jorg. ¿Por qué?

Agued. Porque ahora citaos
están mi ama y otro novio,
para hablarse en este cuarto.
Conque si usted se quea,
puede á escaras y callando
oir lo que hablan.

Jorg. Ya te entiendo:
me acomoda el escucharlos.

Agued. Aun mejor me ocurre á mí.
Yo le tendré en otro cuarto
al novio dicho; y usted,
voz de mozo figurando,
os habeis de fingir él
con mi ama.

Jorg. ¿Eres el diablo?
¿No vas que pueden...

Agued. Chitito;
quedaos aquí, cambiaros
voy la novia. No le espera *ap.*
al tal don Jorge mal chasco. *Váse.*

Jorg. ¡Habrá dianche de mujer!
No tiene más; me ha dejado
sólo y á oscuras. Al fin
quiero divertirme un rato,
y saber cuatro cosillas
de aquestos enamorados:
ya creo viene la novia,
que cerca percibo pasos.
Sal'e Lázaro.

Láz. Con lo Cagueda ma icho *ap.*
voy á emprender un buen paso
con este tío.

Jorg. Ya llega:
la voz y amores finjamos

Láz. ¿Has venido, dueño mio?

Jorg. Aquí estoy bien adorado.

Láz. ¿Sabes como al otro novio
ya calabazas le he dao?

Jorg. ¿Y por qué?

Láz. Porque su tío
tiene el alma de un gitano,
desciende de verduleros,
tiene asma y es quebrao.

Jorg. ¡Habrá infame! Acércate,
deja siquiera al olfato
gozar tu amable belleza.

Láz. ¿Eres de fiat? porque estamos
á oscuras; y ya se ve,
suele hacer lo más el diablo.

Jorg. Dame á tentar un dedito
bello serafiu amado.

Láz. Tómale.

Dásclo.

Jorg. ¡Qué suavidad
de cutis.

Láz. Es como un cardo. *ap.*

Jorg. Mi bien, hueles á grasuna,

Láz. Es la pomada de macho,
con que me doy en el pelo.
¿Sabes que me santójao
una cosa?

Jorg. Dí: ¿y qué cosa?

Láz. Darte dos ó tres bocados.

Jorg. Mujer, suelta. ¡Aj!

Sale don Judas con baston dando palos.

Jud. Zape aquí.

¿Qué ruido es este?

Láz. ¡Mi amo! *ap.*
Quiero escapar.

Jorg. Gente vino.

Aquí hay un arca, levanto
la tapa y éntromesen ella,
mientras pasa este nublado.

Jud. ¿No responden? Quién es diga
ó le reviento de un palo.

Mas ya te agurré. *Se agarran.*

Láz. Ahora es ella. *ap.*

Jud. Dí quién eres, ó te mato.

Láz. Soy vuestra criada, señor,
que de uslé enamoroa
aguardaba esta ocasion
para daros cien abrazos.

Jud. Suelta, muchacha, que ya
no están para eso mis años.

Láz. Dejaos querer.

Jud. Un cuerno:

¿Quieres armarme así un lazo,
y hacerme casar mañana

por fuerza? Lucas, muchacho.

Sale Rufina y Agueda con luz.

Agued. ¿Qué es esto, señor?

Jud. ¿Qué veo!

¿Conque tú eras, bribonazo,
quien me enamoraba á oscuras
y daba besos y abrazos?

Láz. Ahí verá usté si le quiero.

Jud. Yo te lo pagaré á palos.

Ruf. ¿Pero qué ha pasado, padre?

Jud. Enredos de este malvado.

¿No me requebraba á oscuras?

Agued. Si es un simplete: dejadlo,
y vuelvan ustedes dos
á disfrutar del sarao.

Ruf. Dice bien, padre.

Jorg. Achí, achí. *Estornuda en el arca.*

Jud. Sin duda han estornudado
dentro del arca.

Láz. ¿Aquí está
don Jorge en ella zampao?

Jud. Abridla, miradla.

Agued. Aquí
quién puede haberse ocultao?

La abren y sale Jorge.

Jorg. Yo soy: no hay de qué asustarse.

Jud. ¿Y qué haces aquí, escribano
perverse?

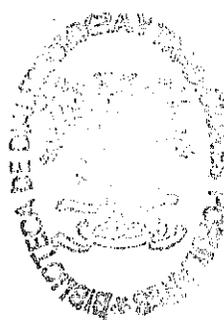
Láz. y *Agued.* Ahora es la funcion. *ap.*

Jud. ¿Cómo atrevido y osado
vuelves á entrar en mi casa,
habiéndonos infamado
de forma, que ho beber
de tu sangre, en desagravio?

Jorg. ¿Yo te he infamado? Es mentira.

Y si la boda deshago,
es que tus criados me han dicho
que eres un descamisado,
sin hacienda, y aun sin casa,
pues es todo de un muchacho
de quien eres tutor.

Jud. Mienten;
todo es mio, por mis manos
lo he ganado con matar
á los buenos y á los malos.
Lo cierto es que tu vil lengua
la estimacion me ha quitado,
habiendo dicho que tengo
primos ensambenitados.



Jorg. ¿Quién ha dicho esa mentira tan fiera?

Jud. Mi criada y criado.

Jorg. ¿He dicho yo tal, infames?
¿Y aun os reís, bribonazos,
viles canallas?

Jud. Estoy
por agarrarlos de un brazo
y echarlos por el balcon.

Ruf. Padre mio, sosegaos.

Jorg. ¡Qué ginebral

Jud. ¡Qué bolina! *ap.*

Agued. y Láz. Ahora nos matan á palos.
Sale don Marcos con espada y rodela.

Márc. ¿A dónde está ese otro novio?
salga, que ya vengo armado
para quitarle á estocadas
á mi novia y los livianos.

Agued. Otro acreedor. *ap.*

Láz. Otro loco. *ap.*

Ruf. ¿Qué estais hablando, D. Marcos?
¿Qué otro novio hay aqui?

Márc. ¡Bueno!
El otro novio abogado
que tienes y favorecas.

Ruf. ¿Quién tal ha dicho?

Márc. Tus criados;
y que me dejais por hombre
vicioso y tuerto.

Ruf. Es engaño
todo, todo.

Márc. Estoy hecho un Sagitario
y, ¡vive San! mataré
á todo el mundo.

Jorg. Despacio;
y con paciencia y prudencia
tanto enredo desatando
vamos. Viles embrollistas,
astutos, malignos payos,
declarad qué es esto.

Láz. Esto
en sustancia naa: cuanto

hemos icho de unos y otros,
naa es verdá, too es falso.

Jorg. ¿Conque no es nada, y por poco
unos á otros nos matamos
por vosotros?

Jud. Pero infames,
¿por qué habeis ejecutado
este embrollo? Hablad.

Agued. Por que,
usté prometió casarnos
cuando á su hija, y despues
ijo que no.

Láz. Y aunque payos,
no nos ha faltao astucia
para de ustedes vengarnos.

Jud. Ni fuerzas á mi me faltan
para moleros á palos,
bribones.

Láz. y Agued. Piedad, clemencia.
Por San Gil y San Aniano. *De rod.*

Jorg. Dejadlos, señor don Judas.

Jud. Me convengo á ejecutarlo,
con tal que todos quedemos
amigos, y prosigamos
la boda.

Jorg. Digo que sí.

Márc. Esta es, Rufina, mi mano.

Jud. Eso me gusta.

Agued. Señor,
¿Y nosotros nos casamos?

Jud. Casaos.

Láz. y Agued. ¡El amo viva!

Jorg. Todos á la sala vamos,
no penetren las visitas
nada de lo que ha pasado,
y prosigamos la boda
alegremente bailando.

Todos. Así sea.

Jud. Y el sainete
teniendo aqui fin, pidamos:

Todos. Nos conceda el auditorio
de gracia, perdon y aplauso.

FIN.

MADRID.—Despacho: Hernando, Arenal, 11.